

flujo, no mas que unos diez pies, saltó á ella, tomó un rollo de cuerdas, hizo cuatro eslingas, las pasó por las argollas preparadas de antemano, y por ambos lados amarró á la orla de la panza las cuatro cadenas de la chimenea que una hora antes estaban amarradas á la orla de la Duranda.

Amarrada la chimenea, Gilliatt desembarazó lo alto de la máquina, á que estaba adherido un pedazo de la Duranda.

Gilliatt lo desclavó, y libró á la panza de aquel cúmulo de tablas que echó entre las rocas. Era un aligeramiento útil.

Por lo demás, la panza, como era de prever, se habia mantenido firme bajo el sobrepeso de la máquina. La panza no se habia hundido sino hasta una línea conveniente de flotacion.

La máquina de la Duranda, aunque pesada, lo era menos que el monton de piedras y el cañon que un dia le sirvieron en Ham de su cargamento.

Todo estaba pues concluido. No habia ya mas que hacer que marcharse cuanto antes.

IX.

EL ÉXITO FRUSTRADO APENAS CONSEGUIDO.

No habia concluido todo.

Estaba claramente indicada la necesidad de abrir la boca del estrecho cerrada con un trozo del casco de la Duranda, y conducir en seguida la panza fuera del escollo. En el mar todos los minutos son urgentes.

Habia poco viento y poco oleaje, y la tarde, que estaba muy buena, prometia una hermosa noche. Pero aunque el agua estaba tranquila, empezaba el reflujo á hacerse sentir, y el momento para marchar era excelente. Se tendria la marea descendente para salir de los Douvres y la marea ascendente para entrar en Guernesey, pudiendo la barca hallarse en Saint-Sampson al rayar el dia.

Pero se presentó un obstáculo imprevisto. En la prevision de Gilliatt habia habido un vacío.

La máquina estaba libre, pero no la chimenea.

La marea, acercando la panza al buque naufrago suspendido en el aire, habia aminorado los peligros de la descension y abreviado el salvamento; pero esta disminucion de intervalo habia dejado la parte superior de la chimenea metida en la especie de cuadro abierto que ofrecia el casco de la Duranda. La chimenea estaba allí como encerrada entre cuatro paredes.

El servicio prestado por la marea no era tan beneficioso como á primera vista parecia. Hubiérase dicho que el mar, obligado á obedecer, habia tenido segundas intenciones.

Verdad es que lo que el flujo habia hecho, el reflujo iba á deshacerlo.

La chimenea, de poco mas de tres toesas de elevacion, estaba metida como ocho pies en la Duranda, y como el nivel del agua iba á bajar doce pies, la chimenea, descendiendo con la panza, tendria aun cuatro pies de holgura y podria sacarse enteramente.

¿Pero cuánto tiempo requeria la operacion? Seis horas.

Dentro de seis horas seria ya cerca de media noche. ¿Cómo tratar de salir á hora semejante? ¿qué rumbo seguir por entre todas aquellas rompientes ya tan inextricables durante el dia? ¿Cómo arriesgarse en medio de las mas hondas tinieblas á penetrar en aquella emboscada de arrecifes?

Fuerza era aguardar al dia siguiente, perdiendo seis horas que hacian por lo menos perder doce.

Ni siquiera se podia pensar en anticipar el trabajo volviendo á abrir la boca del escollo. El dique volveria á ser necesario en la próxima marea.

Gilliatt quedó condenado á la inaccion.

Cruzarse de brazos era lo único que no habia hecho desde que se hallaba en el escollo Douvres.

Este reposo obligado le irritó y casi le indignó, como si fuese culpa suya. ¿Qué pensaria de mí Deruchette, se dijo, si me viese mano sobre mano?

Sin embargo, una reparacion de fuerzas no era tal vez inútil.

La panza se hallaba á su disposicion, y determinó pasar en ella la noche.

Fué á buscar la piel de carnero que tenia en la Douvre mayor, volvió á bajar, cenó unas cuantas lapas y dos ó tres erizos de mar, bebió con avidez los últimos tragos de agua dulce de su barril casi vacío, se envolvió en la piel cuya lana le causó placer, se tendió como un mastin cerca de la máquina, se echó la chaqueta encima de los ojos, y se quedó dormido.

Dormido profundamente. Se suele dormir así despues de las cosas hechas.

X
LAS ADVERTENCIAS DEL MAR

En medio de la noche, de pronto, y como impelido por un resorte, se despertó.

Abrió los ojos.

Los Douvres encima de su cabeza estaban como alumbrados por la reverberacion de una grande ascua blanca. En toda la fachada negra del escollo habia como el reflejo de un incendio.

¿De dónde procedia aquel fuego?

Del agua.

El mar tenia un aspecto extraordinario.

Parecia que el agua estaba incendiada. A cuanto podia

BIBLIOTECA

N. A. N. L.

estenderse la mirada, dentro y fuera del escollo, todo el mar arrojaba llamas.

No eran llamas rojas, ni tenían nada de comun con las llamas vivientes de los cráteres y de las fraguas. Ningun chisporroteo, ningun ardor, ninguna púrpura, ningun ruido.

Rastros azules imitaban en el agua pliegues de sudario. Palpitaba en las olas un ancho resplandor pálido. Aquello no era un incendio, sino el espectro de un incendio.

Era algo parecido al incendio lívido de un interior de sepulcro producido por una llama de sueño.

Figurémonos tinieblas alumbradas.

La noche, la vasta noche, turbia y difusa, parecía ser el combustible de aquel fuego helado. Era una claridad en cierto modo ciega.

La sombra entraba como elemento en aquella luz fantasma.

Los marinos de la Mancha conocen todas esas indescribibles fosforescencias, llenas de avisos para el navegante.

En ninguna parte son mas sorprendentes que en el Gran V, junto á Isigny.

Es una luz que quita á las cosas su realidad, volviéndolas como transparentes por medio de una penetracion espectral.

Las rocas no son mas que lineamentos.

Los cables de las áncoras parecen barras de hierro caldeadas hasta la temperatura blanca. Las redes de los pescadores parecen debajo del agua fuego tejido á punto de

mallá. La mitad del remo es de ébano, y la otra mitad, la que se halla en el agua, es de plata.

Al caer del remo al mar, las gotas de agua salpican de estrellas las olas.

Toda barca arrastra en pos de sí un cometa. Los marineros mojados y luminosos parecen hombres que arden. El que mete la mano en el agua, la saca cubierta de un guante de llama; pero es una llama muerta, que no se siente. El brazo es un tizon encendido.

Se ven las formas que hay en el mar rodar bajo las olas fuego abajo. La espuma centellea. Los peces son lenguas de fuego y pedazos de relámpago que serpentean en una profundidad pálida.

Aquella claridad habia atravesado los párpados cerrados de Gilliatt, el cual, gracias á ella, se habia despertado.

Se habia despertado á tiempo.

El reflujo habia bajado, y venia un nuevo flujo.

La chimenea de la máquina, desencajada durante el sueño de Gilliatt, iba á introducirse de nuevo en la abertura del buque náufrago que tenia encima.

Subia lentamente.

Na faltaba mas que un pie para que la chimenea volviese á atascarse en la Duranda.

La subida de un pie es para el flujo cuestion de media hora, y, de consiguiente, era media hora el tiempo que Gilliatt tenia para impedir un segundo atascamiento.

Se levantó sobresaltado.

Por urgente que fuese la situación, no pudo hacer mas que permanecer algunos minutos en pie, considerando la fosforescencia y meditando.

Gilliatt conocia el mar á fondo. Aunque maltratado con frecuencia por él, era desde mucho tiempo su compañero.

Este ser misterioso que se llama el Océano no podia tener nada en el pensamiento que Gilliatt no lo adivinase.

A fuerza de observacion, de delirio y de soledad, Gilliatt se habia hecho profeta del tiempo, un *hecter wise*, como dicen los ingleses.

Gilliatt corrió á las guindalezas y arrió cable; despues, no hallándose ya sujeto por las anclas, cogió el vichero de la panza, y apoyándole en las rocas, impelió la barca á algunas brazas mas allá de la Duranda, muy cerca del dique. Había *mucho caldo*, como dicen los marineros de Guernesey.

En menos de diez minutos la panza fue sacada de debajo del casco náufrago. No habia ya cuidado de que la chimenea fuese de nuevo cogida en el lazo. El flujo podia subir.

Sin embargo, no parecia que Gilliatt tratase de partir.

Consideró de nuevo la fosforescencia, y levó anclas, pero no para zarpar, sino para anclar la panza de nuevo y mas sólidamente, si bien es verdad que fondeó mas cerca de la salida.

Hasta entonces no habia echado mas que las dos áncoras de la panza, y no se habia servido aun de la peque-

ña de la Duranda, que, como se recordará, encontró en las rompientes.

Esta ancla se la habia reservado para casos urgentes, y la dejó al efecto en un rincon de la panza en un monton de cuerdas y poleas de guindaleza, habiendo de antemano guarnecido su cable de bosas muy quebradizas.

Gilliatt echó esta tercer ancla, procurando amarrar el cable á un calabrote que tenia uno de sus extremos atado en relínga al rezon, y el otro á la orla de la panza.

Asi practicó una especie de horca en forma de pata de ganso mucho mas fuerte que la de dos anclas, todo lo cual indicaba una viva preocupacion y un aumento de precauciones.

Cualquier marino hubiera reconocido en aquella operacion algo parecido al ancladero de un tiempo forzado, cuando es de temer que una corriente tome el buque por sotavento.

La fosforescencia, que Gilliatt vigilaba y en que tenia fijas las miradas, le amenazaba tal vez, pero al mismo tiempo le servia. Sin ella hubiera sido prisionero del sueño y juguete de la noche.

La fosforescencia le habia despertado y le alumbraba.

Una luz ambigua iluminaba el escollo. Pero aquella claridad, por sospechosa que á Gilliatt pareciese, habia tenido la gran ventaja de hacerle visible el riesgo y posible la maniobra.

En lo sucesivo, cuando Gilliatt quisiese hacerse á la vela, la panza, que llevaba la máquina, estaba libre.

Solo que cada vez parecia menos que Gilliatt pensase en partir. Anclada la panza, fué á su almacen á buscar la cadena mas fuerte que en él habia, y agarrándola á los clavos clavados en los Douvres, fortificó interiormente con ella el dique de maderos y tablones ya esteriormente protegido por la otra cadena cruzada.

Lejos de abrir la salida, acababa de cerrarla.

Brillaba aun la fosforescencia, pero iba disminuyendo. Verdad es que empezaba á rayar el dia.

De repente Gilliatt se puso á escuchar con atencion.

XI.

AL BUEN ENTENDEDOR, SALUD.

Le pareció oir, en una lontananza inmensa, algo débil é indistinto.

A ciertas horas, las profundidades tienen un ruido sordo.

Escuchó por segunda vez. El ruido lejano volvió á oirse. Gilliatt sacudió la cabeza con el ademan del que sabe lo que una cosa es.

Algunos minutos despues, se hallaba al otro extremo del escollo, en su entrada hácia el Este, libre hasta entonces, y á martillazos hincó grandes clavos en el granito de los dos lados de aquella boca próxima al peñasco el

Homme, como lo habia hecho en la boca de los Douvres.

Las grietas de aquellas peñas estaban todas preparadas y bien guarnecidas de madera, que era casi toda de corazon de encina.

Estando el escollo muy déstrozado, tenia muchas hendiduras en que pudo Gilliatt clavar mas clavos aun que en el basamento de los dos Douvres.

Llegó un momento en que la fosforescencia se habia estinguido como por un soplo, y fue reemplazada por un crepúsculo sucesivamente mas luminoso.

Clavados los clavos, Gilliatt arrastró maderos, luego cuerdas, luego cadenas, y sin cejar un instante en su trabajo, sin distraerse, empezó á construir en la boca del Homme, con tablas fijas horizontalmente y atadas con cables, uno de esos diques de bovedilla que la ciencia ha prohijado y que califica con el nombre de rompe-olas.

Los que han visto, por ejemplo, en la Rocquaine, en Guernesey ó en Bourg-d'ean en Francia, el efecto que producen algunas estacas clavadas en la roca, comprenderán el poder de un aparato tan sencillo.

El rompe-olas es la combinacion de lo que se llama en Francia espiga con lo que en Inglaterra se llama dick.

Los rompe-olas son los caballos de frisa de las fortificaciones contra las tempestades.

No se puede luchar contra el mar sino sacando partido de la divisibilidad de su fuerza.

El sol, sin embargo, se habia levantado perfectamente puro. El cielo estaba claro, y el mar en calma.

Gilliatt apresuraba su trabajo. Tambien él estaba sereno, pero en su serenidad habia ansiedad.

Saltaba de una roca á otra, del dique al almacén y del almacén al dique. Volvia arrastrando, como un loco, ya una varenga, ya un burel. La utilidad de aquel conjunto se manifestó. Era evidente que Gilliatt se hallaba en presencia de una eventualidad prevista.

Una fuerte barra de hierro le servia de espeque para remover los tablones.

El trabajo se ejecutaba con tanta prontitud, que mas parecia un crecimiento que una construccion.

Quien no ha visto trabajar á un ingeniero militar, no puede formarse idea de una rapidez semejante.

La boca del Este era aun mas angosta que la del Oeste. No tenia mas que 5 ó 6 pies de abertura, y esta circunstancia favorecia á Gilliatt.

Siendo muy reducido el espacio que tenia que fortificar y cerrar, la armadura podria ser mas sólida siendo mas sencilla, y asi es que le bastaban tablas horizontales, siendo inútiles los pies derechos.

Colocadas las primeras traviesas del rompe-olas, Gilliatt se colocó encima de ellas y escuchó.

El ruido sordo se hacia espresivo.

Gilliatt continuó su construccion. La apuntaló con las dos serviolas de la Duranda agarradas á la trabazon de las tablas por medio de drizas pasadas por las tres ruedas de polea, y anudó el todo con cadena.

Esta construccion no era mas que una especie de zarzo

colosal, que tenía por varillas albitanas y por mimbres encinas.

Parecía estar como trenzada.

Gilliatt multiplicaba las ligaduras, y añadía clavos donde le parecía conveniente.

Habiendo tenido á su disposición en el buque náufrago mucho hierro redondo, había podido proveerse de una gran cantidad de clavos.

Mientras trabajaba, mascaba galleta. Tenía sed, pero no podía beber por falta absoluta de agua potable. En la cena de la víspera no había dejado en el barril ni una gota de agua.

Unió otras tres ó cuatro tablas, y subió de nuevo al dique. Escuchó.

El ruido en el horizonte había cesado. Todo era silencio.

El mar estaba tranquilo y soberbio, haciéndose acreedor á los madrigales que le dirigen los poetas clásicos cuando están contentos de él, —«un espejo,»—«un lago,»—«una balsa de aceite,»—«una alegría,»—«un corderillo.»—El azul profundo del cielo correspondía al verde profundo del Océano.

El cielo y el Océano eran un záfiro y una esmeralda que podían admirarse mutuamente.

No tenían reconvención alguna que dirigirse. Ni una nube arriba, ni un copo de espuma abajo, dominando magníficamente todo aquel esplendor el sol de abril. Era imposible ver un tiempo más hermoso.

En el extremo horizonte rayaba el cielo una larga fila negra de aves de paso. Se daban mucha prisa. Se dirigían á tierra.

Parece que había en su vuelo algo de fuga.

Gilliatt se ocupó de nuevo en levantar el rompeolas.

Lo subió tan alto como le fue posible, es decir, todo lo alto que le permitió la disposición de las rocas.

Hacia medio día, le pareció el sol más cubierto de lo regular. La hora del medio día es la hora crítica del día.

Puesto en pie sobre la robusta armazón que acababa de construir, Gilliatt examinó el espacio.

El mar estaba más que tranquilo; era un estanque. No se veía en él una vela. El cielo se ostentaba limpio en todas partes, si bien de azul había pasado á blanco. Este blanco era singular.

Había en el horizonte hacia el Oeste una pequeña mancha de mal carácter y mala apariencia, que permanecía inmóvil en el mismo punto, pero crecía. Cerca de las rompientes, el oleaje se estremecía con mucha suavidad.

Gilliatt había hecho muy bien en construir un rompeolas.

Una tempestad se acercaba.

El abismo se decidía á dar la batalla.